

LAS CORRIENTES FILOSÓFICAS EN AMÉRICA LATINA¹

En los primeros años del siglo XIX, la América Latina, desde México hasta el Plata, conquistó su independencia política, una verdadera libertad comercial, y cierta autonomía intelectual. Las corrientes actuales de la especulación en los países de tradición española derivan, necesariamente, de ese primer hecho radical: la fundación de la libertad política, la declaración más o menos absoluta de los derechos humanos, la constitución de repúblicas en toda la extensión del continente.

La época anterior a esta transformación política se señala por la dependencia en todos los órdenes de la vida, representada por la Inquisición. Son tres siglos transcurridos bajo la dominación de España: al principio, época de indisciplina y de lucha; luego, de colonización; por fin, de quietud intelectual y moral. Es nuestra Edad Media.

Domina el dogma católico; se establece la Inquisición; una escolástica de decadencia se impone en las universidades; la curiosidad intelectual se gasta en obras de erudición poderosa, en disputas bizantinas y comentarios de viejos textos estrechos y excesivos. La filosofía dominante es la de Duns Escoto, más que la de Tomás de Aquino; es una sutileza ideológica, un ejercicio dialéctico en el vacío. La moral no es sino una consecuencia del dogma, cada vez más desprovisto de eficacia religiosa y moral. Hay que agregar la influencia de Suárez, el teólogo español, representante de una escolástica todavía poderosa, y a veces original.

Sin embargo, es curioso observar que ninguna de las manifestaciones de la filosofía española libre del dogma (criticismo de Luis Vives, platonismo, cartesianismo de Gómez Pereira, escuela del derecho natu-

¹ «Les courants philosophiques dans l'Amérique latine». Comunicación presentada al Congreso de Filosofía de Heidelberg, en septiembre de 1908. Utilizamos la traducción de Pedro Henríquez Ureña para la edición en la *Revista Moderna* de México (1908). [THM]

ral de Vitoria) obra sobre el pensamiento de las colonias españolas, cuya libertad intelectual es mucho menor que la de España. Sólo a fines del siglo XVIII se conocen y comentan en las publicaciones de la época las doctrinas de Descartes y de Newton: por ejemplo, en el *Mercurio Peruano*, de Lima. Pueden señalarse también, en los doctrinarios de la política española, particularmente en su actitud respecto de los indios, algunas novedades intelectuales, la aparición de algunas ideas de derecho natural. Pero no hay en todo este movimiento ni originalidad ni autonomía.

Con la revolución de 1808 a 1824, con las doctrinas de libertad política, con la autonomía constitucional, se hacen sentir nuevas corrientes de influencia intelectual en la América, libre ya de la tutela española. La *Enciclopedia*, la filosofía política de Rousseau, las ideas de religión natural, teísmo político, derechos del hombre —en suma, la acción intelectual de la Revolución Francesa—, se propagan en todos estos países que se organizan y que buscan reglas de política, después de un movimiento de liberación, que fue, como el de Francia, una reacción contra el poder absoluto y la oligarquía deprimente. Aquí y allí, pero débilmente, penetra el pensamiento de los creadores de la independencia en la América anglosajona: Washington, Jefferson, la moral simplista de Franklin.

En los años que siguen a la independencia, todo el pensamiento se orienta hacia la política, y las influencias francesas predominan. El liberalismo de Benjamín Constant y el doctrinarismo de Guizot luchan o se imponen en todas partes. En folletos y libros se comentan doctrinas que al mismo tiempo se trata de llevar a la práctica, con tanteos a menudo estériles. En el orden del pensamiento puro, la influencia de Cousin y el eclecticismo comienzan hacia 1850, y se extienden, con la acción ejercida por los libros de Saisset, de Paul Janet y de Jules Simon, hasta fines del siglo.

Deben señalarse, sin embargo, algunas influencias inglesas, y la acción, muy restringida, de los ideólogos franceses, de Cabanis y de Laromiguière. En la escuela escocesa de Reid y de Dugald Stewart, se forma un pensador eminente, hijo de Venezuela: Andrés Bello, que preside la vida intelectual de Chile. Su espíritu de análisis, su fuerte lógica, su psicología un tanto abstracta, pero penetrante y segura, le dan influencia original sobre la marcha de las ideas, acción variada y profunda. Aplica el análisis inglés a los principios de la gramática, a las leyes del lenguaje, a la lógica, a los códigos, al derecho internacional: es siempre un filósofo de la escuela anglosajona, con su *common sense*, su estoicismo moral, su análisis apretado y poderoso. El argentino Alberdi recibe, como él, la influencia inglesa, pero más bien en las doctrinas políticas y socia-

les; mientras que Sarmiento, en el mismo país, representa, por la mejor parte de su espíritu y de su influencia, la tradición latina.

Esta corriente inglesa es de importancia inferior, si se la compara a la influencia ejercida por Francia en las ideas y en las costumbres. Pero hay que confesar que los únicos esfuerzos de especulación pura se informan en la corriente inglesa; la acción de la filosofía francesa se ejercía principalmente sobre la idea del Estado y del derecho, sobre las libertades políticas y civiles, sobre el progreso indefinido y los derechos naturales. Y a través del romanticismo, poético y literario, una dirección espiritualista se advierte en las obras de la época. El humanitarismo, la filosofía del progreso, las ideas morales de caída y redención, el poder del ideal sobre la inercia de las cosas, sobre las fatalidades históricas, se convierten en ideas poéticas. Olegario V. Andrade, el poeta argentino, es de ello ejemplo notable.

Al mismo tiempo se observa en todas partes la formación de doctrinas laicas contrarias a los dogmas. Las luchas políticas son muchas veces luchas de ideas, choques entre la tradición y el liberalismo; y se notan siempre, en las polémicas, ideas filosóficas de origen generalmente francés. Tres nombres notables en este respecto deben citarse: Vigil en el Perú; Montalvo en el Ecuador; Bilbao en Chile, sin olvidar a Juárez mismo en México, aunque su acción haya sido principalmente política.

El pensamiento filosófico, desde la era de la independencia hasta 1875, y aun después, es, como se ve, pensamiento romántico y liberal, de origen francés, templado apenas por la influencia de Guizot, de los ideólogos y juristas franceses y de los analistas y lógicos ingleses. No hay sino una excepción que señalar: la acción, muy limitada hasta entonces, del comtismo. En el Brasil, Benjamín Constant y su escuela ejercieron influencia real, intelectual y política; en Chile, Lagarrigue, uno de los discípulos fieles del comtismo integral —bien distinto del de Littré—, explica y defiende su doctrina sin éxito positivo; en México, la *Revista Positiva*, de Agustín Aragón, que defiende las mismas ideas, ha tenido una curiosa vitalidad.

Sin embargo, el positivismo, a fin de cuentas, debía conquistar la América más que ninguna otra doctrina filosófica. Sería riesgoso querer determinar las causas de esta influencia, tan poderosa en México, en el Brasil, en Chile. Hubo seguramente una reacción contra un modo de pensar algo verbal y difuso; hubo también condiciones de progreso material, que encontraron en el positivismo un marco para la vida nueva; la aceptación de esta filosofía se explica también, en algunos países, Méxi-

co y Chile por ejemplo, por características nacionales de disciplina política, de visión concreta y de voluntad.

El positivismo simbolizaba también el culto de la ciencia, la supremacía de la razón, el laicismo a ultranza, de que estaban enamorados estos pueblos jóvenes. El camino había sido preparado, no sólo por el disgusto de las filosofías oficiales, sino también por el materialismo, que abiertamente reinaba en todos los estudios científicos.

Hasta hace poco, el positivismo de Spencer, más que otro alguno, imperaba todavía en las universidades y ejercía a menudo un verdadero despotismo intelectual. Si su metafísica y su psicología no son muy conocidas, no sucede lo mismo con su principio, un tanto abstracto y general, de evolución, el cual se aplica allí a todo, ni con sus doctrinas morales y sociales. Un resumen de los *Principios de moral* de Spencer, resumen, por lo demás, muy bien hecho, sirve como texto de estudio en México, así como la *Lógica* de Stuart Mill, compendiada. La sociología es bastante cultivada en los medios universitarios de la América Latina, desde el doble punto de vista de los principios universales y de las aplicaciones a la realidad social. Hay ya en este orden algunos nombres dignos de citarse: Cornejo en el Perú; Bulnes en México; Báez en el Paraguay; Letelier en Chile; Ramos Mejía en la República Argentina. Cornejo y Letelier se inclinan al positivismo, a la metafísica de Spencer; Ramos Mejía, en sus libros *La locura en la historia* y *Las masas argentinas*, ha aplicado principios biológicos a los fenómenos sociales.

Como doctrina, el positivismo ha ejercido gran influencia sobre las ideas y la dirección de la vida. Ha producido un racionalismo algo estrecho, una metafísica dogmática, y, en la acción, el culto de la riqueza, la supremacía de lo práctico, el egoísmo, a veces un amoralismo, al cual las doctrinas de Nietzsche, mal interpretadas y de generalización fácil, han contribuido con su fuerza y su brillo.

En el campo de la especulación pura, un pensador cubano, Enrique José Varona, ha ampliado el positivismo de Spencer con un idealismo de tendencias francesas. Sus *Conferencias sobre moral* son prueba notable de ello: aislado esfuerzo de adaptación del pensamiento evolucionista inglés, hay que citarlo en contraste a tanto ensayo de limitación excesiva o de dogmatismo simplista.

Pero esta supremacía del positivismo provoca lentamente una reacción idealista; y esta última corriente tiende a predominar ahora en la América Latina. En cierto sentido, el nuevo movimiento no es sino reflejo de la evolución filosófica europea, nueva imitación de las tendencias

que principian a imperar en Francia, en los Estados Unidos, en Alemania. Pero hay que considerar que existe un verdadero idealismo de raza, de cultura en la América Latina, y que, a pesar, de algunas excepciones y algunas desviaciones, toda filosofía idealista tiene allí cierto porvenir. Esto explica la hegemonía francesa en las ideas de las repúblicas latinoamericanas.

Por una parte, las ideas francesas, que fueron el fermento de la revolución de la América española, ideas de libertad, de justicia, de armonía, de derecho humano; por la otra, la herencia española de nobleza, de quijotismo, de dignidad caballeresca: he ahí los dos influjos de herencia y educación que, con el doble poder de su unión, han dado a las tendencias de la América Latina una fuerte base de idealismo en el derecho, en el pensamiento, en las actitudes, en las costumbres, en la vida.

En los últimos veinte años, las corrientes idealistas han sido francesas. La América Latina acepta todas las ideas extranjeras, con una curiosidad tal vez peligrosa. Es un entusiasmo de pueblos nuevos, asimilativos y brillantes, nacidos apenas a la vida intelectual. Pero la selección se realiza, aunque lentamente. Y en esta selección es el idealismo —sobre todo el francés— el que triunfa.

La acción de Fouillée y de Guyau ha sido muy intensa, principalmente la del primero, en los estudios jurídicos y sociales. Porque debe notarse que allí se busca siempre la parte social de las doctrinas, como es natural en pueblos que se forman. Guyau es siempre el filósofo de la juventud: de su noble influencia no podrían señalarse aún la extensión ni los límites. Las nuevas generaciones lo leen y comentan sin cesar; y un joven pensador, brillante defensor del idealismo y del latinismo en nuestra América, José Enrique Rodó, del Uruguay, ha hecho grandes elogios de él en un libro pequeño, *Ariel*, cuyo título es un símbolo de renacimiento y de idealismo generoso.

Todas las figuras interesantes del pensamiento contemporáneo en América llevan cierto sello de idealismo. En psicología, la doctrina de las ideas-fuerza, la primacía de la voluntad, la originalidad de la evolución psíquica; en metafísica, cierto indeterminismo, la condenación del mecanicismo; en ética, la autonomía del sujeto moral, el imperativo persuasivo, el valor del ideal: he ahí los nuevos aspectos de este movimiento filosófico. En México, donde dominaba el positivismo, se nota una transformación. El ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, hablaba recientemente de la crisis filosófica; Bergson ha destronado a Spencer. En Chile, un profesor alemán, el doctor Wilhelm Mahn, ena-

morado de las recientes doctrinas psicológicas, dirige en el Instituto Pedagógico un nuevo movimiento de ideas, contrario a la tradición positivista de ese pueblo. En el Perú, los profesores Deustua y Javier Prado; en el Uruguay, Vaz Ferreira; en la Argentina, Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros; en Cuba, Varona; en el Paraguay, Manuel Domínguez, difunden ideas bastante análogas para que sea permitido señalar una corriente filosófica nueva.²

El pensamiento de Boutroux, de Bergson, se estudia, se comenta, se sigue. La psicología vuelve a adquirir sus derechos; las ciencias sociales se conciben de manera diferente, como capítulos diversos de una sociología colectiva; y a las soluciones generales y fáciles del positivismo suceden cuestiones más sutiles, análisis más complejos, datos menos exteriores, menos uniformes. Se observa, aun en la poesía, un gran fondo de idealismo; en la novela, altas preocupaciones psicológicas, religiosas, sociales; así en la poesía de Silva, de Darío, de Lugones; en la novela, por ejemplo, *Redención*, del argentino Ángel de Estrada.

Estamos en pleno renacimiento del idealismo. ¿Adónde nos llevará este movimiento? ¿Realizaremos después de la imitación la invención, la creación de un sistema, la formación de una escuela filosófica, según el ritmo social descrito por Tarde? La América Latina ha imitado durante largo tiempo, en un sentido estrecho y exclusivo; hoy todas las direcciones del pensamiento europeo se conocen y discuten. Esperemos que esta fase de cultura, desarrollada e intensa, producirá algo más autónomo en la especulación, acaso una gran personalidad, un gran sistema.

Hay que confesar, sin embargo, que la América Latina no tiene, como la sajona, una herencia de individualismo religioso, de vida interior, de reflexión activa, como la que fue el tesoro de los *pilgrim fathers*, fundadores de la civilización de los Estados Unidos. La raza es también un obstáculo: retrógrada e ignorante, la mayoría de la población no podrá elevarse a las cimas del pensamiento puro. La educación, que aún no está desarrollada; la vida política, a veces inestable; una religiosidad inquisitorial, enemiga del libre examen; necesidades de vida y de crecimiento que dan a la riqueza, a su culto y a su conquista la primacía

² Deustua se inspira en el voluntarismo de Wundt, completado por el idealismo francés, influencias de Fouillée y de Bergson; Javier Prado aspira a un sincretismo en que dominan las ideas de Fouillée; Vaz Ferreira es el psicólogo más bien ecléctico; Bunge, cuyos *Principios de psicología individual y social* han sido publicados en francés por Alcan, profesa un evolucionismo dirigido por las ideas-fuerza; Ingenieros es un psicólogo, cuyas ideas sobre el lenguaje musical han sido aceptadas, en parte, en Francia, por Combarieu, Charles Lalo, etc.; Domínguez es un educador imbuido de las doctrinas idealistas más recientes.

sobre las meditaciones filosóficas: he ahí factores que han de tomarse en cuenta para predecir el futuro. La América Latina se preocupa cada vez más de los problemas de las ciencias y de la filosofía; se encamina hacia el idealismo. Éstos son los hechos, cuya significación futura sería imposible adivinar.

Ensayemos resumir las ideas generales contenidas en este estudio:

1. En su primer siglo de vida política independiente, la América Latina no ha creado una filosofía original; pero en sus imitaciones y adaptaciones del pensamiento extranjero, ha dado prueba de curiosidad intelectual y fuerza de asimilación.
2. Es la filosofía francesa la que, bajo todas sus formas, ha ejercido mayor influencia en esas repúblicas, especialmente el pensamiento de Comte, de Fouillée, de Guyau.
3. Ni el kantismo, ni el hegelianismo, ni el pesimismo, entre las grandes escuelas del siglo, han suscitado imitadores. En cambio, sí han tenido grande influencia el positivismo de Spencer y, últimamente, las ideas de Nietzsche.
4. Las ideas filosóficas que se han impuesto en la América Latina han tenido generalmente un lado social predominante; constituyen una especie de pragmatismo u orden de pensamiento adecuado a la vida.
5. La tendencia al idealismo distingue a la nueva especulación; la filosofía de Bergson y de Boutroux domina.